

Honor entre enemigos

David Weber

Traducción:
Marta García Martínez



Para *Bombur*

Si los gatos tuvieran manos, él habría sido *Nimitz*

Prólogo

—Tenemos un problema, patrón.

—¿Qué pasa, Chris? —El capitán Harold Sukowski, capitán del carguero *Buenaventura* de la naviera Hauptman, levantó la vista de inmediato al oír el tenso anuncio de su primera oficial, los «problemas» tenían la mala costumbre de convertirse en asuntos mortales casi sin previo aviso en la Confederación silesiana. No era nada nuevo, pero la situación se había hecho incluso más peligrosa durante el último año y el capitán sintió que el resto del personal del puente del *Buenaventura* se quedaba inmóvil a su alrededor al tiempo que su propio corazón comenzaba a palpar más rápido. Haberse acercado tanto a su destino final sin incidentes solo empeoraba aquella repentina tensión embargada de amarga adrenalina. El *Buenaventura* había completado su tránsito al espacio-n no hacía ni diez minutos y el G0 primario del Sistema Telmach se encontraba a solo veintidós minutos luz. Pero eso también significaba veintidós minutos para poder comunicarse y el destacamento de Telmach de la Armada silesiana era de chiste. En realidad, la armada entera de la Confederación era de chiste, e incluso si Sukowski pudiera ponerse en contacto con el comandante del destacamento a tiempo, era casi seguro que no habría nada que pudiera intervenir.

—Alguien se nos acerca a toda velocidad por popa, patrón. —La comandante Hurlman no apartó los ojos de la pantalla—. Parece bastante pequeño, unas setenta u ochenta kilotoneladas, pero quienquiera que sea tiene un compensador de nivel militar. Está a dieciocho punto tres segundos luz, pero tiene una aceleración de dos mil kps con una fuerza de unas cinco-diez ges.

El capitán asintió con expresión sombría. Harold Sukowski se había sacado el título de capitán más de treinta años-T atrás. También era comandante en la reserva de la Real Armada Manticoriana así que no le hacía falta que Chris le hiciera ningún esquema. Con seis millones de toneladas, propulsores de nivel comercial y un compensador inercial, el *Buenaventura* era un blanco fácil para cualquier nave de guerra. Su aceleración máxima posible era de apenas doscientas una ges y su emisor comercial de partículas la mantenía a una velocidad máxima de solo 0,7 c. Si su perseguidor tenía escudos de partículas de nivel militar como correspondía al resto de su motor, no solo podía superar al *Buenaventura* en

aceleración, sino que también podía mantener una velocidad sostenida de un ochenta por ciento de la velocidad de la luz.

Lo que significaba, por supuesto, que no había forma alguna de que Sukowski pudiera dejarlo atrás.

—¿Cuánto tiempo para que nos alcance? —preguntó.

—Calculo que unos veintidós minutos y medio para una interceptación de alcance cero aunque vayamos a una aceleración máxima —dijo Hurlman con tono neutro—. Alcanzaremos más o menos los doce mil setecientos KPS, pero ellos van a llegar casi a los diecinueve mil. No sé quién es, pero no vamos a quitárnoslo de encima.

Sukowski asintió con brusquedad. Doblaba en edad a Chris Hurlman, pero, al igual que él, la joven era una de las propietarias de quilla del *Buenaventura*. Había sido la cuarta oficial original del carguero y si bien él jamás lo habría admitido, Sukowski y su mujer la consideraban casi como la hija que nunca habían tenido. En el fondo, siempre había tenido la esperanza de que ella y su segundo hijo echaran raíces juntos algún día, pero por muy joven que fuera la chica para el rango que tenía, hacía muy bien su trabajo y la evaluación que había hecho de la situación era idéntica a la suya.

Claro que el cálculo que había hecho Chris era el de una interceptación en el menor tiempo posible y eso no era lo que iban a hacer aquellos tipos. Era casi seguro que frenarían para amortiguar la velocidad de aceleración en cuanto estuvieran seguros de que tenían al *Buenaventura* bien pillado, pero eso no iba a significar nada en lo que al destino de la nave de Sukowski se refería. Lo único que iba a hacer era retrasar lo inevitable... un poco.

Intentó desesperadamente pensar en algo, lo que fuera, para salvar su nave. Pero no había nada. En vista de los acontecimientos, no debería haber existido la posibilidad de que la piratería fuese una ocupación rentable. Hasta el carguero más enorme era una simple mota de polvo en el espacio interestelar, pero al igual que los antiguos buques que navegaban por los océanos de la Antigua Tierra, las naves que surcaban las estrellas seguían rutas predecibles. No les quedaba más remedio ya que las olas gravitacionales que se curvaban por el hiperespacio dictaban esas rutas del mismo modo que los vientos predominantes de la Antigua Tierra dictaban las de los veleros. Ningún pirata podía predecir con exactitud dónde haría su tránsito alfa una nave estelar dada para regresar al espacio-n, pero sí que sabía el volumen general en el que lo harían todas y cada una de las naves. Si acechaba por allí el tiempo suficiente, algún pobre desgraciado terminaría metiéndose directamente entre sus garras y, en ese caso, le había tocado a Sukowski.

El capitán maldijo en silencio y con auténtico veneno. Si la Armada silesiana fuera digna de algo más que un pedo en un traje de vacío, no importaría. Dos o tres cruceros (¡coño, un simple destructor!) que se desplegaran para cubrir ese mismo volumen harían que cualquier pirata se largara a buscar pastos más seguros. Pero la Confederación silesiana más que una nación estelar era un cataclismo perpetuo. El débil gobierno central (el que había) sufría una plaga de continuos movimientos secesionistas. Las pocas naves que tenía siempre se necesitaban con desespe-

ración en alguna parte y los asaltantes que infestaban su espacio siempre sabían dónde, así que ponían rumbo a algún otro lugar. Siempre había sido así, lo que había cambiado era que las unidades de la Real Armada Manticoriana que se habían dedicado por tradición a proteger el comercio del Reino Estelar en Silesia se habían retirado a causa de la guerra de Manticora contra la República Popular de Haven, y no había nadie en absoluto a quien Harold Sukowski pudiera acudir en busca de ayuda.

—Dale el alto, Jack —dijo—. Pregúntale su identidad e intenciones.

—Sí, señor. —Su oficial de comunicaciones conectó el micrófono y habló con claridad—. Nave desconocida, al habla el navío mercante manticoriano *Buena-ventura*. Establezca su identidad e intenciones. —Pasaron cuarenta segundos interminables mientras el punto rojo de la pantalla de Hurlman se iba acercando cada vez más rápido. El oficial de comunicaciones se encogió de hombros—. No hay respuesta, capitán.

—Tampoco me esperaba ninguna. —Sukowski suspiró. Se sentó y se quedó mirando durante un segundo la estrella a la que casi habían llegado, después se encogió de hombros—. Muy bien, chicos. Ya sabéis lo que hay que hacer. Genda —miró a su ingeniero jefe—, supedita tu sección a mi panel antes de largarte. Chris, te quedas al cargo del desembarco. Quiero que los cuentes a todos y quiero el número confirmado antes de que te desacoples.

—Pero, capi... —empezó a decir Hurlman, Sukowski sacudió la cabeza con fiereza.

—¡He dicho que ya sabéis lo que hay que hacer! ¡Y ahora salid todos de aquí, coño, mientras todavía estamos fuera del alcance de sus misiles!

Hurlman dudó, con el rostro demudado por la indecisión. Había servido con Sukowski más de ocho años-T, casi una cuarta parte de su vida. El *Buena-ventura* era el único hogar de verdad que había conocido durante todos esos años y le resultaba muy duro abandonar a su capitán y su nave. Sukowski lo sabía, y porque lo sabía, le lanzó una mirada fría, salvaje.

—Ahora tu trabajo son las personas, no la nave, ¡así que mueve el culo, maldita sea!

Con todo, Hurlman dudó un instante, después asintió con brusquedad y giró en redondo rumbo al ascensor del puente.

—¡Ya habéis oído al capitán! —dijo con voz dura, torturada por el dolor y la culpa—. ¡Moveos, maldita sea!

Sukowski los vio irse, después se volvió de nuevo hacia su panel. El teniente Kuriko ya había supeditado la sección de Ingeniería a su panel, así que Sukowski tecleó unas cuantas órdenes más y asumió también el control del timón. Sentía un vacío enfermizo y hueco en el vientre, ansiaba con desesperación seguir a Chris y los demás, pero el *Buena-ventura* era su nave, su responsabilidad, al igual que el cargamento que transportaba. La posibilidad de que pudiera hacer algo para proteger ese cargamento era cada vez más pequeña, pero existía, sobre todo si el asaltante era un corsario y no un auténtico pirata. Y si había alguna posibilidad, por pequeña que fuera, era Harold Sukowski el que tenía que hacer lo que pudiese para aprovecharla. Esa era una de las obligaciones que venían con el cargo y...

Se oyó un pitido y el capitán apretó el intercomunicador.

—Dime —dijo con sequedad.

—Número de los presentes confirmado, patrón —respondió la voz de Hurlman—. Los tengo a todos en la dársena siete.

—Entonces sácalos de aquí, Chris... y buena suerte. —La voz de Sukowski era mucho más suave.

—Sí, patrón. —El capitán oyó la vacilación en la voz de la joven, saboreó la necesidad de Chris de decir algo más, pero no había nada que pudiera decir, y se escuchó un chasquido en el circuito cuando Hurlman interrumpió la comunicación.

Sukowski contempló su pantalla y dejó que un largo suspiro de alivio rezumara de sus pulmones cuando apareció en ella un punto pequeño y verde. La lanzadera era uno de los grandes transportes de carga primarios del *Buenaventura*, con un motor tan poderoso como el de la mayor parte de las naves de ataque ligeras. Al contrario que cualquier *NAL*, esta carecía de armamento, pero salió disparada a más de cuatrocientas gravedades; era más lenta que su perseguidor, pero podía alcanzar una velocidad dos veces superior a la de su nave nodriza. A los piratas debía de haberlos cabreado bastante ver que se escapaba la tripulación con la que contaban para gobernar su presa, pero el *Buenaventura* y su lanzadera estaban todavía fuera del alcance de sus misiles electrónicos y de ninguna de las maneras iban a salir detrás de una simple lanzadera cuando podían llevarse un carguero de seis millones de toneladas. Además, pensó Sukowski con amargura, sin duda ya habían hecho planes para esa contingencia. Tendrían a bordo a sus propios ingenieros para manejar los sistemas del *Buenaventura*.

Se permitió recostarse en el cómodo sillón de mando que continuaría siendo suyo durante otra media hora, más o menos; esperaba que aquella gente estuviera dispuesta a creer la oferta de rescate del señor Hauptman, su jefe tenía la intención de pagar por la liberación de cualquiera de sus hombres que cayera en manos de piratas. No era mucho y Sukowski sabía que a Hauptman no le había hecho ninguna gracia hacerla, pero era todo lo que podía hacer una vez retirada la Armada del espacio silesiano. Y por muy arrogante y duro que fuera aquel viejo cabrón, Sukowski sabía mejor que la mayoría que Klaus Hauptman siempre apoyaba a sus empleados. Era una tradición Hauptman...

El hilo de los pensamientos de Sukowski se interrumpió de repente cuando las puertas del ascensor se abrieron con un siseo. Giró el sillón de mando en redondo, sorprendido, y después se le iluminaron los ojos de rabia cuando Chris Hurlman entró en el puente.

—¿Pero qué coño estás haciendo tú aquí? —ladró—. ¡Te di una orden, Hurlman!

—¡Oh, que te follen a ti y a tus órdenes! —La joven le devolvió mirada por mirada, tan furiosa como él, y después cruzó el puente con pasos firmes hasta su propio puesto—. ¡Esto no es la puñetera Armada y tú no eres Edward Saganami!

—¡Sigo siendo el capitán de esta nave, maldita sea, y quiero que salgas cagando leches de aquí ahora mismo!

—Pues qué pena porque no va a poder ser —dijo Hurlman con mucha más suavidad mientras se hundía en su propio sillón y se ajustaba el intercomunicador sobre el cabello negro—. El único problema con todo eso, patrón, es que yo no me ando con chiquitas a la hora de pelear. Intenta echarme de mi nave y puede que se dé la casualidad de que seas tú el que termine de patitas en el espacio.

—¿Y qué pasa con nuestra gente? —contraatacó Sukowski—. Estabas a cargo de ellos, eran tu responsabilidad.

—Genda y yo lo echamos a cara o cruz y perdió él. —Hurlman se encogió de hombros—. No te preocupes. Seguro que los lleva a Telchman sanos y salvos.

—Maldita sea, Chris, no te quiero aquí. —La voz de Sukowski era mucho más dulce—. No hace falta que te arriesgues a que te maten... o algo peor.

Hurlman bajó los ojos para mirar su panel durante un momento, después se volvió y lo miró directamente a los ojos.

—Hace falta que me arriesgue yo tanto como tú, patrón —dijo sin alzar la voz—. Y antes me aso en el infierno que permitir que te enfrentes a esos cabrones tú solo. Además —sonrió con auténtico cariño—, un viejo pelmazo como tú necesita a alguien más joven y borde para que lo cuide. Jane sería capaz de matarme si me largara y te dejara aquí solo.

Sukowski abrió la boca y luego la cerró. Tenía la sensación de que un puño de angustia le estaba apretando el corazón, pero reconoció la intransigencia que ocultaba aquella sonrisa. No se iba a ir y además tenía razón, en una pelea aquella chica jugaba mucho más sucio que él. Una parte de él estaba encantado de verla, de saber que no iba a tener que enfrentarse solo a lo que fuera a pasar, pero era una parte egoísta que el capitán odiaba. Quiso discutir, rogar (suplicar, si era necesario) pero sabía que la chica no se iría sin él y él no podía darle la espalda a toda una vida de responsabilidades y obligaciones.

—Está bien, maldita sea —murmuró en su lugar—. Eres idiota y encima te amotinas. Si salimos vivos de esta, me ocuparé de que nunca más vuelvas a trabajar en esto. Pero si estás decidida a desafiar a tu superior, no veo cómo voy a impedirlo.

—Ahora sí que eres razonable —dijo Hurlman casi con alegría. Estudió su pantalla un momento más, después se levantó y cruzó el espacio que la separaba del dispensador de café que había apoyado contra el mamparo de popa. Se sirvió una taza, dejó caer los dos azucarillos habituales en ella y, tras levantar una ceja, miró al hombre a quien acababa de hacer caso omiso.

—¿Una taza, patrón? —le preguntó con suavidad.

—El señor Hauptman, sir Thomas.

Sir Thomas Caparelli, primer lord del espacio de la Real Armada Manticoriana, se levantó haciendo un gran esfuerzo por esbozar una sonrisa de bienvenida cuando su alabardero acompañó a su invitado a su enorme oficina. Sospechaba que no le había salido muy convincente, claro que Klaus Hauptman tampoco era una de sus personas favoritas.

—Sir Thomas. —El hombre moreno con las patillas blanquísimas y la mandíbula de bulldog lo saludó con un asentimiento brusco. No es que se estuviera mostrando especialmente grosero, saludaba así a casi todo el mundo, y además le tendió la mano como si quisiera mitigar la rudeza—. Gracias por recibirme. —No añadió «por fin» pero sir Thomas lo oyó de todos modos y sintió que su sonrisa se hacía un poco más rígida.

—Siéntese, por favor. —El fornido almirante, en quien todavía se podía ver al durísimo futbolista que había llevado a la Academia a tres finales de los campeonatos del sistema, le indicó a su invitado, con un cortés ademán, que se sentara en el cómodo sillón que tenía delante de su escritorio; después se sentó él también y despidió al soldado con un gesto.

—Gracias —repitió Hauptman. Se sentó en el sillón indicado (*como un emperador ocupando su trono*, pensó Caparelli) y carraspeó—. Sé que es usted un hombre muy ocupado, sir Thomas, así que iré directamente al grano. Y el grano es que las condiciones de la Federación se están haciendo intolerables.

—Comprendo que la situación es muy difícil, señor Hauptman —empezó a decir Caparelli—, pero el frente es...

—Disculpe, sir Thomas —lo interrumpió Hauptman—, pero entiendo la situación del frente. De hecho, los almirantes Cortez y Givens, como estoy seguro de que les ha ordenado usted, me la han explicado con gran detalle. Me doy cuenta de que tanto usted como la Armada se encuentran bajo una presión extraordinaria, pero las pérdidas de Silesia se están convirtiendo en catastróficas, y no solo para el cartel Hauptman.

Caparelli apretó la mandíbula y se recordó que debía moverse con cuidado. Klaus Hauptman era arrogante, testarudo, implacable... y el individuo más acaudalado de todo el Reino Estelar de Mantícora. Que no era poco. A pesar de limitarse a un único sistema estelar, el Reino Estelar era la tercera nación más rica en una esfera de quinientos años luz en términos absolutos. En términos per cápita, ni siquiera la Liga Solariana podía compararse con Mantícora, buena parte de lo cual era fortuito, el resultado de la Confluencia del Agujero de Gusano de Mantícora, que convertía al Sistema Binario de Mantícora en el cruce por el que pasaba el ochenta por ciento del comercio de larga distancia de su sector. Pero, de igual forma, gran parte de esa riqueza procedía de lo que el Reino Estelar había hecho con lo que esa oportunidad representaba, generaciones enteras de monarcas y parlamentos habían vuelto a invertir la riqueza de la Confluencia con gran cuidado. Aparte de la Liga Solariana, no había nadie en la galaxia conocida que estuviera a la altura de la base técnica mantícoriana ni de su rendimiento por hora de trabajo humano, y las universidades de Mantícora podían rivalizar con las de la propia Antigua Tierra. Y, como tuvo que admitir Caparelli, Klaus Hauptman, su padre y su abuelo habían tenido mucho que ver con la construcción de la infraestructura que había hecho eso posible.

Por desgracia, Hauptman lo sabía y a veces (con demasiada frecuencia, en opinión de Caparelli) actuaba como si el Reino Estelar le perteneciera.

—Señor Hauptman —dijo el almirante tras un momento—, siento mucho las pérdidas que están sufriendo su cartel y los demás. Pero en estos momentos es imposible concederle lo que pide, por muy razonable que pueda parecer.

—Con el debido respeto, sir Thomas, será mejor que la Armada lo haga posible. —El tono rotundo de Hauptman no llegaba a ser insultante, pero casi; el empresario se contuvo y respiró hondo—. Perdón —dijo, con el tono de alguien que no estaba acostumbrado a disculparse—. Eso ha sido muy grosero y agresivo por mi parte. No obstante, no deja de haber cierta verdad en ello. El esfuerzo bélico depende de la fuerza de nuestra economía. Los derechos de flete, las transferencias y las tasas de inventario que pagamos mis colegas y yo son ya tres veces menos de lo que eran al comienzo de la guerra y... —Caparelli abrió la boca, pero Hauptman lo detuvo con un gesto de la mano—. Por favor. No me estoy quejando de los derechos de pago ni los impuestos. Estamos en guerra con el segundo imperio más grande del espacio conocido, y alguien tendrá que cargar con los costes. Mis colegas y yo somos conscientes de ello. Pero usted debe ser también consciente de que si continúan aumentando las pérdidas, no nos quedará más remedio que reducir o incluso eliminar por completo los envíos a Silesia. Dejaré que sea usted el que calcule lo que puede significar eso para los ingresos de Reino Estelar y el esfuerzo bélico.

Caparelli entrecerró los ojos y Hauptman sacudió la cabeza.

—No es una amenaza, es un simple hecho. Los seguros ya han alcanzado el precio más alto de todos los tiempos y siguen subiendo; si suben otro veinte por ciento, vamos a perder dinero en los cargamentos que llegan a su destino. Y además de las pérdidas financieras, también están las pérdidas de vidas implica-

das. Están matando a nuestra gente, a mi gente, a personas que llevan décadas trabajando para mí, sir Thomas.

Caparelli se recostó en la silla con la desagradable sensación de que tenía que estar de acuerdo, Hauptman tenía razón. El débil gobierno central de la Confederación siempre había hecho de aquel sitio un lugar arriesgado, pero sus mundos eran unos mercados enormes para los productos industriales del Reino Estelar, para su maquinaria y sus trasposos de tecnología civil, por no mencionar que eran una fuente importante de materias primas. Y por mucho que a Caparelli le desagradara Hauptman personalmente, el magnate tenía todo el derecho del mundo a exigir la ayuda de la Armada. Después de todo, una de las misiones primarias de la Armada era proteger el comercio manticoriano y a sus ciudadanos, y antes de la guerra eso era lo que la Real Armada Manticoriana hacía en Silesia.

Por desgracia, para eso se había requerido una importante presencia de la Flota. No de escuadrones de batalla (utilizar naves de guerra contra unos piratas habría sido como matar moscas a cañonazos), sino de combatientes ligeros. Y las críticas necesidades de la guerra de la RAM contra la República Popular de Haven habían hecho que se retiraran esas unidades ligeras. Las necesitaban con desesperación para proteger a los escuadrones pesados y para las incontables patrullas y misiones de exploración y escolta que requería la Flota para poder sobrevivir. Jamás había suficientes cruceros y destructores para todos y la abrumadora necesidad de acorazados impedía que los astilleros espaciales construyeran el número necesario.

El almirante suspiró y se frotó la frente. No era el oficial superior de la Marina más brillante de la RAM. Conocía sus puntos fuertes: valor, integridad y obstinación suficiente para tres personas; pero también era capaz de admitir que tenía puntos débiles. Los oficiales como el conde de Haven Albo o lady Sonja Hemphill siempre lo ponían incómodo, porque sabía tan bien como ellos que su capacidad intelectual lo superaba con creces. Y Haven Albo, como Caparelli admitía, tenía el exasperante descaro de ser no solo mejor estratega, sino mejor táctico también. No obstante, era a sir Thomas Caparelli al que habían nombrado primer lord del espacio justo a tiempo para que la guerra le explotara en plena cara. Lo que hacía que su trabajo fuera ganarla, y eso era lo que estaba decidido a hacer. Con todo, su trabajo también era proteger a los civiles manticorianos en el curso de sus actividades comerciales legítimas, pero era muy consciente, hasta la desesperación, de que estaban forzando a la Armada al límite.

—Entiendo su preocupación —dijo al fin—, y no puedo discutir nada de lo que ha dicho. El problema es que nuestros recursos han llegado a su límite. No puedo, no es que no quiera, es que, literalmente, no puedo, retirar más naves de guerra del frente para reforzar nuestros convoyes de escolta en Silesia.

—Pues tenemos que hacer algo. —Hauptman no alzó la voz, pero Caparelli percibió que el arrogante magnate estaba haciendo un auténtico esfuerzo por corresponder a su razonable tono de voz—. El sistema de convoyes ayuda durante el tránsito entre sectores, por supuesto. No hemos perdido ni una sola nave que estuviera bajo escolta y créame, mis colegas y yo se lo agradecemos. Pero los

asaltantes saben tan bien como nosotros que no pueden atacar a los convoyes. También saben que la simple astrografía exige que fijemos el itinerario de más de dos tercios de nuestros navíos de forma independiente una vez que alcanzan los sectores de sus destinos... y que las escoltas disponibles ya no pueden cubrirnos a todos en esos momentos.

Caparelli asintió con gesto sombrío. Nadie perdía ninguna nave en los convoyes que cubrían el tránsito entre los centros de administración sectoriales nodales de Silesia, pero los piratas compensaban eso con creces llevándose los mercantes después de que estos tuvieran que dejar los convoyes para dirigirse a los mundos individuales de la Confederación.

—No estoy seguro de qué más podemos hacer, señor —dijo el almirante después de un largo y silencioso momento—. El almirante Haven Albo regresa a Mantícora la semana que viene. Celebraré una consulta con él cuando vuelva y veremos si hay alguna forma de que podamos reorganizar las cosas y liberar unas cuantas escoltas más, pero, con franqueza, hasta que consigamos tomar la Estrella de Trevor, no puedo ser muy optimista. Entretanto, voy a poner a mi personal a trabajar en un estudio inmediato de cualquier cosa, y me refiero a cualquier cosa, de verdad, señor Hauptman, que podamos hacer para aliviar la situación. Le aseguro que este asunto tiene prioridad absoluta, después de la propia Estrella de Trevor. Haré todo lo posible por reducir sus pérdidas. Tiene mi palabra.

Hauptman se recostó en el sillón y estudió el rostro del almirante, después gruñó. El sonido era hastiado, furioso y un poco desesperado, pero asintió de mala gana.

—No puedo pedirle más, sir Thomas —dijo con pesadez—. No voy a insultarlo insistiendo en que se haga un milagro, pero la situación es muy, muy grave. No sé si tenemos un mes más... pero sí sé que no tenemos más de cuatro, cinco a lo sumo, antes de que los carteles se vean obligados a suspender las operaciones en Silesia.

—Entiendo —repitió Caparelli mientras se levantaba para tenderle la mano—. Haré lo que pueda, y tan rápido como pueda, y le prometo que le informaré en persona de la situación tan pronto como haya tenido la oportunidad de consultar con el almirante Haven Albo. Con su permiso, haré que mi ayudante concierte otra reunión con usted con ese propósito. Quizá se nos ocurra algo entonces. Hasta entonces, por favor manténganse en contacto. Sus colegas y usted quizá perciban mejor la situación que nosotros en el Almirantazgo y les agradeceríamos mucho cualquier información que pudieran ofrecerles a mis analistas y al personal que tenemos en planificación.

—Muy bien. —Hauptman suspiró y se levantó a su vez, después estrechó la mano del almirante con fuerza y sorprendió a Caparelli con una sonrisa irónica—. Sé que no soy el hombre más fácil del universo, sir Thomas, no es nada sencillo tratarme. Estoy haciendo un gran esfuerzo para no ser el típico elefante en medio de una cacharrería y comprendo y le agradezco de verdad tanto las dificultades a las que se enfrenta como los esfuerzos que hace en nuestro nombre. Solo espero que podamos hallar una respuesta en alguna parte.

—Yo también, señor Hauptman —dijo Caparelli en voz baja mientras acompañaba a su invitado hasta la puerta—. Yo también.

El almirante de los Verdes Hamish Alexander, decimotercer conde de Haven Albo, se preguntó si parecía tan cansado como se sentía. El conde tenía noventa años-T, aunque en la sociedad preprolongamiento no le habrían echado más allá de unos cuarenta años muy bien llevados, y eso solo por las canas que le salpicaban el cabello negro. Pero había arrugas nuevas alrededor del color azul pálido de sus ojos y era muy consciente de la fatiga que sentía.

Observaba el color negro ébano del espacio que daba paso a un índigo profundo tras el ojo de buey cuando su pinaza comenzó a descender hacia la ciudad de Aterrizaje, y sintió que el cansancio se le acumulaba en los huesos. El Reino Estelar, o al menos la parte más realista del mismo, llevaba más de cincuenta años temiendo la inevitable guerra con la República Popular, y la Armada (y Hamish Alexander) se habían pasado esos mismos años preparándose para ella. Y la guerra ya casi había cumplido los tres años... y estaba resultando ser tan brutal como él había temido.

No era que los repos fuesen mejores, era solo que eran más grandes, maldita fuera. A pesar de las heridas internas que se había infligido la propia República Popular desde el magnicidio del presidente heredero Harris, a pesar de una economía destartada y de las purgas que le habían costado a la Armada Popular sus oficiales más expertos, a pesar incluso de la indolencia de los dolistas de la República, su Armada seguía siendo un auténtico monstruo. Si su maquinaria industrial hubiese sido aunque fuera la mitad de eficiente que la del Reino Estelar, la situación habría sido desesperada. En cualquier caso, la combinación de habilidad, determinación y más suerte de lo que cualquier estrategia medianamente competente se hubiera atrevido a pedir, había permitido que la RAM pudiera defenderse.

Pero con defenderse no era suficiente.

Haven Albo suspiró y se masajeó los doloridos ojos. Odiaba dejar el frente, pero al menos había podido dejar a la almirante Theodosia Kuzak al mando. Podía contar con Theodosia para que las cosas siguieran adelante en su ausencia. Haven Albo bufó al pensarlo. Diablos, quizá incluso pudiese tomar la Estrella de Trevor. ¡Dios sabía que a él no le había ido muy bien en ese departamento!

Apartó la mano de los ojos y volvió a mirar por el ojo de buey mientras se reprendía por aquel último pensamiento. Lo cierto era que a él la guerra le había ido muy «bien» hasta la fecha. Durante el primer año de operaciones, su Sexta Flota se había adentrado bastante en la República, y en el proceso había infligido lo que habrían sido unos daños fatales para cualquier armada más pequeña. De hecho, él y los demás almirantes se las habían arreglado para compensar las abrumadoras desventajas que tenían enfrente y habían tomado no menos de veinticuatro sistemas estelares. Pero el segundo y tercer año habían sido muy diferentes. Los repos se habían recuperado y el Comité de Seguridad Pública de Rob Pierre había iniciado un reinado del terror capaz de ponerle las pilas a

cualquier almirante repo. Y si bien la destrucción de las dinastías legislaturistas que habían gobernado la antigua República Popular le había costado a la AP sus almirantes con más experiencia, también había destruido el sistema de mecenazgo que había evitado que otros oficiales ascendieran a los altos cargos que merecían por su capacidad. Una vez que se habían deshecho de los legislaturistas, algunos de los nuevos almirantes estaban resultando ser unos tipos bastante duros. Como la almirante Esther McQueen, la oficial repo de más rango de la Estrella de Trevor.

Haven Albo hizo una mueca al mirar por el ojo de buey. Según la OIN, los comisarios populares que el Comité de Seguridad Pública había nombrado para mantener la disciplina dentro de la Armada Popular eran los que en realidad llevaban la voz cantante. Y si ese era el caso, si los comisarios políticos eran de verdad los que estaban mermando el rendimiento de oficiales como McQueen, Haven Albo solo podía dar las gracias. Había empezado a ver por dónde iba aquella mujer durante los últimos meses y sospechaba que él era mejor estratega que ella. Pero el margen que tenía él, si es que de hecho tenía alguno, era mucho más escaso de lo que hubiera preferido y a aquella mujer le corría hiel por las venas. La almirante era consciente de los puntos fuertes y débiles de sus fuerzas, sabía que su tecnología era más primitiva y que su cuerpo de oficiales tenía menos experiencia, pero también sabía que contar con un número suficiente de efectivos y una negativa impávida a dejarse avasallar para cometer errores podía compensar todo eso. Si a eso se añadía la necesidad que tenía Mantícora de tomar la Estrella de Trevor, la ecuación estratégica quedaba muy simplificada y la almirante iba devolviendo golpe por golpe. Las pérdidas de ambos bandos habían estado muy igualadas desde que ella se había hecho cargo del mando y eso era algo que Mantícora no podía permitirse. No en una guerra que bien parecía capaz de durar décadas enteras. Y no, admitió Haven Albo, cuando con cada mes aumentaba el riesgo de que la República comenzara a descifrar el modo de remediar sus desventajas industriales y tecnológicas. Si los repos llegaban en algún momento a un punto en el que pudieran enfrentarse a la RAM en pie de igualdad cualitativa, además de una superioridad cuantitativa, las consecuencias serían desastrosas.

Oyó gemir las turbinas de aire de la pinaza al comenzar el acercamiento final a Aterrizaje y se sacudió un poco. Entre los dos, Kuzak y él, habían desarrollado al fin un plan que quizá (solo quizá) les permitiría tomar la Estrella de Trevor, y eso era algo que tenían que hacer. El sistema contenía la única terminal de la Confluencia del Agujero de Gusano de Mantícora que Mantícora no controlaba todavía, y que lo convertía en una amenaza letal en potencia para el Reino Estelar. Pero era una espada de doble filo para los repos. Su captura no solo eliminaría la amenaza de una invasión directa, sino que también le proporcionaría a la RAM una cabeza de puente segura en lo más profundo de la República. Las naves (las de guerra, además de los navíos de suministros) podrían moverse entre las bases navales más poderosas de la RAM y el frente de batalla de una forma casi instantánea, sin que existiera la amenaza de una interceptación. La captura de la Estrella de Trevor, si es que se llegaba a capturar alguna vez,

aliviaria muchísimo la logística de la Armada y además abriría toda una nueva gama de opciones estratégicas, lo que lo convertía en la pieza más valiosa, aparte del propio sistema de Haven. Pero incluso si el plan de Haven Albo funcionaba, llevaría al menos cuatro meses más, como mínimo, y por los despachos que le enviaba Caparelli, mantener el impulso tanto tiempo no iba a ser nada fácil.

—Así que así está la situación —dijo Haven Albo en voz baja—. Theodosia y yo creemos que podemos hacerlo, pero las operaciones preliminares van a llevar un tiempo.

—*Hmm*. —El almirante Caparelli asintió poco a poco, con los ojos todavía clavados en el gráfico estelar holográfico que tenía sobre el escritorio. El plan de Haven Albo no era ningún golpe relámpago lleno de audacia (salvo, quizá, en la última fase), pero los últimos diez meses habían dado pruebas de sobra de que un golpe relámpago tampoco iba a funcionar. En esencia, el conde se proponía abandonar la lucha complicada y poco concluyente del acercamiento directo y trabajar el perímetro exterior de la Estrella de Trevor. Su plan requería ir aplastando uno por uno los sistemas que la apoyaban y al mismo tiempo aislar al auténtico objetivo y colocarse en una posición que les permitiera lanzar ataques convergentes contra ella para después traer la Flota Territorial como apoyo. Se podía decir que esa parte de la operación propuesta era algo más que audaz... y arriesgada. Tres escuadrones y medio completos de batalla de la Flota Territorial de sir James Webster podían partir de Mantícora y alcanzar la Estrella de Trevor casi al instante a través de la Confluencia, a pesar de la enorme distancia que separaba a los dos sistemas. Pero el paso de semejante tonelaje desestabilizaría la Confluencia durante más de diecisiete horas. Si la Flota Territorial lanzaba un ataque y no lograba una victoria rápida y absoluta, la mitad de su fuerza superacorazada quedaría atrapada, sin posibilidad de retirarse por donde había venido.

El primer lord del espacio se frotó el labio y frunció el ceño. Si el plan funcionaba, la victoria sería decisiva; si fracasaba, la Flota Territorial (que también era la reserva estratégica principal de la RAM) quedaría inutilizada en una sola tarde. De alguna extraña manera, la posibilidad de que se produjera un desastre era una de las cosas que quizá hiciera funcionar el plan. Ningún almirante en su sano juicio lo intentaría a menos que tuviera la certeza absoluta de que iba a ser un éxito, o bien no le quedara otro remedio, así que no era muy probable que los repos se lo esperaran. Oh, no cabía duda de que habrían elaborado planes de emergencia para defenderse de semejante intento, pero Caparelli tenía que admitir lo dicho por Haven Albo y Kuzak: con planes de emergencia o sin ellos, la AP jamás se esperaría un ataque como ese, sobre todo si las operaciones preliminares de Haven Albo eran tales que le daban una probabilidad realista de alcanzar la victoria sin tener que utilizar la Confluencia. Si pudiera sacar de su posición la flota que les daba cobertura, convencerlos de que la Sexta Flota era la auténtica amenaza antes de intentarlo...

—Coordinación—murmuró Caparelli—. Ese es el auténtico problema. ¿Cómo coordinamos una operación como esta con semejantes distancias?

—Desde luego—asintió Haven Albo—. Theodosia y yo nos hemos devanado los sesos, los nuestros y los de nuestro personal, para solucionar ese tema, y solo se nos ha ocurrido una posibilidad. Le mantendremos tan bien informado como podamos por medio de la nave de despachos, pero el retraso del tránsito va a hacer que la coordinación real sea imposible. Para que esto funcione, tenemos que acordar por adelantado cuándo nos vamos a poner en marcha y luego la Flota Territorial va a tener que mandar un equipo de reconocimiento para ver si lo hemos logrado.

—Y si no lo han «logrado», como usted dice—dijo Caparelli con acento gélido—, el que salga de Mantícora no lo va a pasar nada bien.

—Cierto.—La voz de Haven Albo no se inmutó, pero aceptó con un gesto de la cabeza el argumento de Caparelli. La masa de un simple navío desestabilizaría la Confluencia durante solo unos segundos y si, de hecho, se había podido desviar la atención de los defensores repos como estaba planeado, un equipo de reconocimiento podría hacer el tránsito, examinar el terreno, dar la vuelta y atravesar de nuevo la Confluencia a toda prisa antes de que lo atacaran. Pero si no habían desviado la atención de los repos, la Flota Territorial ni siquiera llegaría a saber qué era lo que había matado a su equipo de reconocimiento.

—Estoy de acuerdo en que es un riesgo—dijo el conde—. Por desgracia, yo no veo ninguna alternativa. Y si lo miramos con frialdad, arriesgar una única nave no es nada si lo comparamos con el riesgo de dejar que las operaciones continúen alargándose. Si tuviera que hacerlo, enviaría un escuadrón entero, aun sabiendo que los perdería a todos, si con eso pudiéramos lograrlo. No me gusta, pero comparado con lo que ya hemos perdido, con lo que vamos a seguir perdiendo si continuamos machacándolos de frente, creo que es nuestra mejor opción. Y si funciona, atraparemos a los defensores entre dos fuegos, y tendremos una posibilidad real de acabar con todos. No cabe duda de que es arriesgado, pero el premio potencial es enorme.

—*Hmm*—volvió a gruñir Caparelli, e inclinó la silla hacia atrás mientras reflexionaba. Era irónico que fuera Haven Albo el que proponía algo así, se parecía mucho más a algo que podría habersele ocurrido a él... si hubiera tenido el valor de plantearse en primer lugar, tuvo que admitir. Haven Albo era el maestro del acercamiento indirecto, tenía un talento especial, casi digno de un genio, para elegir el momento adecuado para lanzar un asalto inesperado o arrancarle a la flota enemiga unos cuantos escuadrones más, y era legendario su odio por los planes de batalla de los llamados del «todo o nada». La idea de arriesgar la guerra entera a una sola carta y con toda la sutileza de un martillo pilón debía de ser una abominación para él.

Lo cual, admitió Caparelli, era una razón más para que quizá funcionase. Después de todo, los repos habían estudiado el cuerpo de oficiales de la RAM con tanta atención como Mantícora había estudiado el de la AP. Sabían que algo así no era en absoluto propio de la forma de pensar habitual de Haven Albo y también sabían que había sido Haven Albo el que había dado forma a la estrategia global

de la RAM hasta aquel momento. Dicho eso, casi tendrían que estar mirando hacia otro lado cuando el almirante lanzase el golpe a traición... suponiendo que la coordinación funcionase.

—De acuerdo, *milord*—dijo el primer lord al fin—. Todavía hay unas cuantas preguntas para las que querré una respuesta antes de tomar una decisión definitiva, pero se lo voy a pasar a Pat Givens, a la Facultad de Guerra y a mi personal para que lo evalúen. No cabe duda de que tiene razón, no podemos seguir desangrándonos para siempre y no me gusta lo eficaz que está resultando ser McQueen. Si le quitamos la Estrella de Trevor, quizá el Comité de Seguridad Pública la fusile *pour encourager les autres*.

—Quizá —asintió Haven Albo con una mueca que Caparelli entendió demasiado bien. A él tampoco le hacía mucha gracia la idea de que alguien ejecutara a buenos oficiales que habían hecho todo lo que estaba en su mano y solo porque sus mejores esfuerzos no habían logrado detener al enemigo, pero el Reino Estelar estaba luchando por su vida. Si la República Popular era tan amable de eliminar por él a sus mejores comandantes, Thomas Caparelli no tenía ningún problema en aceptar el favor.

—Lo que más me incomoda de su plan, aparte, por supuesto —no pudo resistir la tentación de lanzarle la pulla al conde—, de la posibilidad de inutilizar la Flota Territorial, es el retraso. Para que tenga posibilidades de lograrlo vamos a tener que reforzar nuestras fuerzas ligeras, no debilitarlas, y tal y como están las cosas en Silesia... —Se encogió de hombros y Haven Albo asintió con gesto comprensivo.

—¿Hasta qué punto puede perjudicarnos de verdad? —preguntó, y Caparelli frunció el ceño.

—En términos absolutos, podríamos sobrevivir incluso aunque interrumpiéramos por completo el comercio con Silesia —dijo—. No sería agradable y Hauptman y los demás carteles pondrían el grito en el cielo. Y lo que es peor, tendrían razón. La interrupción podría arruinar literalmente a algunos de los carteles más pequeños y tampoco les haría ningún bien a los peces gordos como Hauptman y Dempsey. Y no tengo muy claro cuáles podrían ser las ramificaciones políticas. Ayer tuve una larga charla con la primera dama y al parecer ya está recibiendo muchas críticas por este tema. Usted la conoce mejor que yo, pero me dio la impresión de que está bajo una gran presión.

Haven Albo asintió con aire pensativo. Era cierto que conocía a Francine Maurier, baronesa de Morncreek y primera dama del Almirantazgo, mejor que Caparelli. Y como ministra de la Corona y responsable absoluta de la Armada, no cabía duda de que Morncreek estaba sufriendo tanta presión como sugería Caparelli. De hecho, si empezaba a notársele, era muy probable que fuera incluso peor de lo que Caparelli creía.

—Si a eso añadimos que Hauptman se ha aliado con los liberales y con la Asociación Conservadora, por no hablar de los progresistas, entonces tenemos un problema de verdad —continuó el primer lord del espacio con tono forzado—. Si la oposición decide buscar pelea por el «desinterés» que muestra la Armada ante estos problemas, las cosas podrían complicarse bastante. Y eso sin ni siquiera

considerar las pérdidas directas en derechos de importación y transferencias... o vidas.

—Y también hay otra cosa —dijo Haven Albo de mala gana mientras Caparelli alzaba las cejas—. Es solo cuestión de tiempo que alguien como McQueen vea las posibilidades —explicó el conde—. Si un puñado de piratas puede llegar a perjudicarnos tanto, piense en lo que ocurriría si los repos enviasen unos cuantos escuadrones de cruceros de batalla para ayudarlos. Hasta ahora los hemos mantenido demasiado desequilibrados como para que intentaran nada parecido, pero, con franqueza, son mucho más capaces que nosotros de liberar a sus fuerzas ligeras, dados todos los cruceros de batalla que tienen en reserva. Y Silesia no es el único lugar en el que podrían perjudicarnos si decidieran entrar a gran escala en una guerra comercial.

Haven Albo, pensó Caparelli con amargura, tenía un talento especial para plantear escenarios desagradables.

—Pero si no podemos disponer de las escoltas que necesitamos —empezó a decir el primer lord del espacio—, entonces cómo...

De repente se detuvo y entrecerró los ojos. Haven Alboladeó la cabeza, pero Caparelli no le hizo caso y tecleó una consulta en su terminal. Estudió los datos que aparecieron en la pantalla durante unos segundos y después se tiró del lóbulo de la oreja.

—Naves-Q —dijo, casi para sí—. Por Dios, quizá esa sea la respuesta.

—¿Naves-Q? —repitió Haven Albo. Caparelli no pareció oírlo por un momento, pero después se recobró.

—¿Y si enviáramos a algunos de los troyanos a Silesia? —preguntó, y entonces le tocó a Haven Albo fruncir el ceño y pensarlo.

El proyecto Caballo de Troya había sido idea de Sonja Hemphill y el conde tenía que admitir que eso tendía a predisponerlo contra el proyecto. Hemphill y él eran viejos y amargos enemigos filosóficos y él no se fiaba de la doctrina estratégica materialista que defendía aquella mujer. Pero el Caballo de Troya no había supuesto ninguna desviación importante de la lucha y les había ofrecido bastantes beneficios en potencia, aunque fracasara en su propósito principal de ganarse su reticente apoyo.

En esencia, Hemphill proponía que convirtieran algunos de los cargueros de la clase Caravana de la RAM en cruceros mercantes armados. Los Caravanas eran naves grandes, de más de siete millones de toneladas, pero eran lentas, no estaban blindadas y disponían de motores de nivel civil. En circunstancias normales, no podrían hacer nada contra una nave de guerra normal, pero Hemphill quería equiparlas con la mayor potencia de fuego posible y sembrarlas por los convoyes de la cola de la flota que trabajaban para mantener bien pertrechada a la Sexta Flota. La idea era que parecieran un carguero normal y corriente hasta que se acercara algún atacante incauto, momento en el que se suponía que debían reventarlo.

En lo que a él se refería, Haven Albo dudaba que el concepto fuera factible a largo plazo. Los repos también habían utilizado naves Q con cierta eficacia contra enemigos anteriores, pero la debilidad fundamental de la táctica era que no era

muy probable que funcionase contra una armada propiamente dicha más de una o dos veces. Una vez que el enemigo comprendiese que se estaban utilizando ese tipo de naves, se limitaría a cargarse cualquier cosa parecida a una nave Q desde la mayor distancia posible. Además, los repos habían construido sus naves Q con ese propósito concreto. Las habían equipado con motores de nivel militar que las habían convertido en naves tan rápidas como cualquier nave de guerra de su tamaño y sus diseños incorporaban blindaje interno, división en compartimentos y factores de redundancia de sistemas de los que los Caravanas carecían por completo.

Claro que Caparelli quizá tuviera parte de razón, los piratas que infestaban el espacio silesiano no tenían auténticas naves de guerra... y tampoco formaban parte de una armada propiamente dicha. La mayor parte eran independientes que se deshacían de su botín con «comerciantes» (peristas, en realidad) que financiaban sus operaciones y no hacían preguntas embarazosas. Sus naves tendían a llevar armamento ligero y por lo general operaban solos, y desde luego nunca en grupos de más de dos o tres. Los disturbios habituales de la Confederación, donde los sistemas estelares intentaban de forma rutinaria separarse del gobierno central, complicaban un poco las cosas ya que a los «gobiernos de liberación» les daba por emitir patentes de corso y autorizar a los «corsarios» a atacar el comercio de otros en nombre de la independencia. Algunos de los corsarios disponían de armamento pesado en sus desplazamientos y unos cuantos estaban al mando de patriotas auténticos dispuestos a trabajar juntos en pequeños escuadrones por la causa de su sistema natal. Pero incluso ellos, sin embargo, tenderían a huir de una nave Q bien manejada y, al contrario que en las operaciones contra los repos, la estrategia quizá resultara más eficaz, no menos, una vez que se corriera la voz. Los piratas, después de todo, se habían metido en aquello por el dinero y no era muy probable que se arriesgaran a perder las naves que representaban su capital, ni que se conformaran con destruir a distancia presas en potencia. Allí donde un atacante repo quizá estuviera dispuesto a aceptar el riesgo de encontrarse con una nave Q para poder destruir envíos manticorianos, un pirata querría capturar a sus víctimas, no destruirlas, y no era muy probable que arriesgara su nave contra un crucero mercante a menos que esperara una presa especialmente suculenta.

—Podría servir de algo —dijo el conde después de plantearse la idea con cuidado—. A menos que tengamos una cantidad asombrosa, no podrán destruir a muchos asaltantes, por supuesto. Yo diría que el efecto sería más cosmético que otra cosa, pero el impacto psicológico podría merecer la pena, tanto en Silesia como en el Parlamento. ¿Pero ya tenemos alguna nave lista para mandarla? Creía que todavía faltaban varios meses para que se cumpliera el plazo.

—Y así es —asintió Caparelli—. Según esto —tecleó algo en el terminal— las primeras cuatro naves podrían estar listas a lo largo del mes que viene, pero a la mayor parte todavía les faltan al menos cinco meses para que las terminen. Tampoco hemos asignado ninguna tripulación todavía y, con franqueza, la disponibilidad de personal es tan escasa que eso también representa un problema, estamos al límite. Pero al menos podría ser un comienzo. Como bien dice usted, *milord*, una gran parte de los beneficios serán el resultado de factores puramente

psicológicos. La situación es peor en el sector Breslau. Si ponemos las primeras cuatro ahí y dejamos que se corra la voz, quizá podamos mitigar las pérdidas en esa zona hasta que tengamos las demás listas para su despliegue.

—Podría ser. —Haven Albo se frotó la barbilla, después se encogió de hombros—. No será más que un parche, por lo menos hasta que las demás naves estén listas. Y a quienquiera que se lo dé va a tener un trabajo endemoniado entre manos con solo cuatro naves. Pero, como bien dice, al menos podremos decirles a Hauptman y sus amigos que estamos haciendo algo. —Y, pensó, *lo estamos haciendo sin desviar las naves que necesito yo.*

—Cierto. —Caparelli tamborileó con los dedos sobre el escritorio durante dos o tres segundos—. De momento no es más que una idea. Lo consultaré con Pat esta tarde y veré lo que DepPlan tiene que decir sobre el tema. —Lo consideró un momento más y después agitó la cabeza—. Entretanto, echémosle otro vistazo a los engranajes de ese plan suyo. ¿Dice que va a necesitar otros dos escuadrones de batalla en Nightingale? —Haven Albo asintió—. Bueno, supongamos que los sacamos de...

La suave música clásica era el acompañamiento perfecto para los elegantes hombres y mujeres que atestaban la inmensa sala. Una suntuosa colación yacía en ruinas a su espalda y ellos se reunieron en pequeños grupos con las copas en la mano mientras el murmullo de la marea de sus voces competía con la música. Era una escena en la que se respiraba un ambiente relajado, acaudalado y poderoso, aunque no era relajación lo que se percibía en la voz de Klaus Hauptman.

El trillonario se encontraba con una mujer que solo era ligeramente inferior a él en términos de riqueza y poder y con un hombre que ni siquiera tenía posibilidades. No era que el clan Houseman fuese «pobre», pero su riqueza era «dinero de toda la vida» y la mayor parte de sus miembros despreciaban algo tan basto como el comercio. Por supuesto que había que tener gestores, personas contratadas que se ocuparan de mantener la fortuna de la familia, pero eso no era el tipo de cosas de las que se encargaba un auténtico caballero. A su manera, Reginald Houseman compartía esos prejuicios contra el *nouveau riche* (y para los estándares de los Houseman, hasta la fortuna de los Hauptman era muy *nouveau*), pero todo el mundo admitía que era uno de los seis mejores economistas del Reino Estelar.

Reconocimiento que, sin embargo, no compartía Klaus Hauptman, que pensaba en él con auténtico desdén. A pesar de los innumerables méritos académicos de Houseman, Hauptman lo consideraba un diletante que encarnaba aquel antiguo arquetipo que decía que «los que saben, lo hacen y los que no, enseñan», y la suprema prepotencia de Houseman le resultaba muy irritante a un hombre que había demostrado su capacidad de la única manera que nadie podía cuestionar: triunfando. Tampoco se trataba de que Houseman fuera un completo idiota. A pesar de toda su intolerancia intelectual, había resultado ser un vulgar defensor, con frecuencia eficaz, de la teoría que propugnaba la utilización de los incentivos del sector privado para impulsar las estrategias económicas públicas. A Hauptman le parecía lamentable que aquel hombre se aferrara con tanta fuerza a la idea de que los gobiernos estaban equipados (como era manifiesto que no estaban) para

decirles a las empresas privadas cómo tenían que hacer su trabajo, pero hasta él tenía que admitir que Houseman había cumplido con su deber como analista político.

Hasta seis años antes también había sido una estrella en alza en el servicio diplomático y todavía acudían a él como asesor externo ocasional. Pero cuando la reina Isabel III le cogía manía a alguien, solo el político más empecinado propondría ponerlo al servicio de la Corona. Y los poderosos contactos de la familia Houseman dentro del Partido Liberal tampoco lo habían ayudado mucho tras el comienzo de la guerra. La prolongada oposición de los liberales a los gastos militares del Reino Estelar, a los que calificaban de «alarmistas y provocadores», le habían asestado a todo su programa un duro revés cuando la República Popular había lanzado su ataque furtivo. Y encima, los liberales se habían unido a la Asociación Conservadora y a los progresistas para oponerse al Gobierno de Cromarty tras el chapucero golpe de Estado que había destruido al antiguo liderato de la República. Habían pretendido bloquear una declaración formal de guerra en un intento de evitar las operaciones activas porque creían que el régimen que surgiera del caos del golpe de Estado ofrecería una oportunidad de alcanzar un acuerdo negociado. De hecho, muchos de ellos, incluyendo a Reginald Houseman, todavía tenían la sensación de que se había desperdiciado una oportunidad inestimable.

Ni su majestad ni el duque de Cromarty, su primer ministro, estaban de acuerdo. Ni, en realidad, lo estaba el electorado. Los liberales habían sufrido una dura derrota en las últimas elecciones generales, con consecuencias gravísimas en la Cámara de los Comunes. Seguían siendo una fuerza con la que había que contar en los Lores, pero incluso allí habían sufrido deserciones hacia las filas de los centristas de Cromarty. Los fieles al partido miraban a esos desertores oportunistas con todo el desprecio que merecían semejantes traidores a la ideología, pero su pérdida era una realidad incontestable y la erosión de su base de poder había obligado a los líderes liberales a aliarse todavía más con los conservadores, un estado de cosas profundamente antinatural que solo se hacía tolerable porque ambos partidos, cada uno por sus razones, seguía oponiéndose de forma implacable y personal al Gobierno actual y todos sus secuaces.

Una alianza que, sin embargo, había resultado ser de gran utilidad para Klaus Hauptman. Eterno inversor astuto, Hauptman se había pasado años cimentando vínculos personales y, a través de sensatas contribuciones a diferentes campañas, también vínculos financieros, por todo el espectro político. Puesto que los liberales y los conservadores se habían visto obligados a unirse y se consideraban una minoría asediada, el apoyo de Hauptman era incluso más importante para ambos partidos. Y si bien la oposición era muy consciente de todo el peso que había perdido, Hauptman sabía que a los partidarios de Cromarty seguía inquietándoles la escasa mayoría de la que disponían en los Lores y él había aprendido a utilizar su influencia con los liberales y los conservadores con grandes resultados.

Como estaba haciendo esa noche.

—Así que eso es todo lo que van a hacer —dijo con tono sombrío—. Nada de fuerzas especiales adicionales. Ni siquiera un simple escuadrón de destructores.

Todo lo que están dispuestos a ofrecernos son cuatro naves... ¡solo cuatro! ¡Y encima son «cruceros mercantes armados»!

—¡Oh, cálmate, Klaus! —respondió Erika Dempsey con ironía—. Estoy de acuerdo en que no creo que sirva de mucho, pero lo están intentando. Dada la presión que están sufriendo, me sorprende que se las hayan arreglado para conseguir eso tan pronto. Y desde luego, tienen razón al concentrarse en Breslau. Bueno, de hecho, solo en los últimos ocho meses mi cartel ya ha perdido nueve naves en ese sector. Si pueden hacer algo, por poco que sea, con los piratas de allí, tiene que merecer la pena, ¿no?

Hauptman lanzó un bufido. A título personal se inclinaba por admitir que la dama tenía razón, aunque no pensaba decir nada parecido hasta haberle puesto bien el cebo a Houseman; ojalá Erika no se hubiera unido a la conversación. El cartel Dempsey era el segundo en importancia, solo por detrás del cartel Hauptman, y Erika, que llevaba dirigiéndolo sesenta años—T, era tan perspicaz como atractiva. Hauptman, que respetaba a muy pocas personas, sin ninguna duda la respetaba a ella, pero lo último que le hacía falta en aquel momento era oír la dulce voz de la razón. Por suerte, Houseman no parecía demasiado sensible a la lógica de Dempsey.

—Me temo que Klaus tiene razón, señora Dempsey —dijo con pesar—. Cuatro mercantes armados no lograrán gran cosa, aunque solo sea por el volumen involucrado. Solo pueden estar en equis lugares al mismo tiempo y no se puede decir que sean naves de guerra. Cualquier escuadrón asaltante, por poco competente que sea, podría acabar con uno de ellos, y hay al menos tres gobiernos secesionistas en Breslau y Posnan en estos momentos. Y todos ellos están reclutando corsarios a los que no les van a hacer ninguna gracia las aventuras imperialistas que podamos emprender nosotros.

Erika Dempsey puso los ojos en blanco. No soportaba a los liberales y la última frase de Houseman estaba sacada directamente de su biblia ideológica. Y lo que era peor, Houseman, a pesar de toda su oposición a la actual guerra, se consideraba un experto en temas militares. Pensaba que cualquier uso de la fuerza era prueba de estupidez y del fracaso de la diplomacia, pero eso no evitaba que aquel tema le fascinara (aunque siempre, por supuesto, desde una distancia prudencial). Enseguida proclamaba que su interés surgía solo de un hecho muy sencillo: cualquier diplomático amante de la paz, al igual que un médico, debía estudiar la enfermedad contra la que luchaba, pero Hauptman dudaba mucho que aquella aseveración engañara a nadie salvo a los ideólogos como él. Lo cierto era que Reginald Houseman tenía la firme convicción de que si él hubiera sido uno de aquellos perversos conquistadores militaristas como Napoleón Bonaparte o Gustav Anderman (cosa que, gracias a Dios, él no era, por supuesto), lo habría hecho mucho mejor que ellos. En todo caso, su estudio de los temas militares no solo le permitía disfrutar de la emoción indirecta de dejarse llevar por algo perverso y decadente por los motivos más elevados, sino que también le daba cierto estatus como uno de los «expertos en temas militares» del Partido Liberal, y el hecho de que la mayor parte de los oficiales de la reina, fuera cual fuera su ramo, lo consideraba un cobarde consumado no le perturbaba en absoluto. De hecho, él

interpretaba ese desdén como una hostilidad basada en el miedo y engendrada por todas las veces que daban en el blanco sus mordaces críticas contra la clase dirigente militar.

—En estos momentos, señor Houseman —dijo Dempsey con voz gélida—, estoy dispuesta a aceptar cualquier «aventura imperialista» que me presenten si eso significa que nadie va a matar a los hombres y mujeres que trabajan para mí.

—Entiendo, desde luego, su punto de vista —le aseguró Houseman, que al parecer no era consciente del desdén de su interlocutora—. El problema es que no va a funcionar. Dudo que ni siquiera Edward Saganami (o cualquier otro almirante que se me pueda ocurrir de repente, si a eso vamos) pudiera lograr nada con unas fuerzas tan débiles. De hecho, el resultado más probable es que quienquiera que el Almirantazgo envíe allí termine perdiendo todas sus naves. —El aristócrata sacudió la cabeza con tristeza—. La Armada ha tenido muy poca visión de futuro en los últimos tres años-T y mucho me temo que esto solo sea otro ejemplo más.

Dempsey lo miró un instante, después sorbió por la nariz con gesto desdeñoso y se alejó con pasos airados. Hauptman la vio irse con cierta sensación de alivio y volvió a prestar atención a Houseman.

—Me temo que tienes razón, Reginald —dijo—. No obstante, eso es todo lo que vamos a conseguir. Y en tales circunstancias me gustaría aprovechar al máximo la escasa oportunidad de éxito que haya.

—Si el Almirantazgo insiste en cometer semejante estupidez, no sé qué podemos hacer nosotros. Van a meter a una fuerza totalmente inadecuada en plena guarida del león. Cualquier estudiante de historia competente podría decirles que lo único que van a conseguir es perder esas naves.

Durante solo un momento, y a pesar de sus propios planes, Hauptman sintió una necesidad abrumadora de abofetear al joven para meterle un poco de sentido común en aquella cabezota. No sería la primera vez que alguien lo intentara, pero por desgracia no parecía haber servido de mucho la última vez, y los propósitos de Hauptman no le permitían mostrar su desprecio de una forma tan abierta como lo había hecho Erika.

—Lo entiendo —dijo a su vez—, y no cabe duda de que tienes razón. Pero me gustaría sacarles el mayor provecho posible antes de que los destruyan.

—Despiadado, pero me temo que realista, supongo. —Houseman suspiró y Hauptman ocultó una sonrisa mental. A pesar de toda su vana oposición al «militarismo», y como ocurría con muchos teóricos, las posibles bajas conmovían bastante más a los «militaristas» que despreciaba que a Houseman. Después de todo, todas las personas que morían se habían presentado voluntarias para convertirse en esbirros del poder y no se podía hacer una tortilla sin romper unos cuantos huevos. Por lo que Hauptman había observado, tenía la sensación de que las personas que tenían que mandar a la muerte a otros tendían a considerar sus opciones con mucho más cuidado que los «expertos» de salón. Él mismo lamentaba compartir la valoración que había hecho Houseman de la suerte que correrían con toda probabilidad las naves Q, pero al menos la

respuesta de Houseman le indicó que había encontrado los botones que quería apretar.

—Desde luego —dijo—. Pero el problema es que sin un oficial competente al mando, la posibilidad de que consigan algo antes de que los perdamos es mínima. Al mismo tiempo, no creo que podamos esperar que el Almirantazgo ponga a un oficial competente al mando de una causa perdida como esta, sobre todo si no es más que un parche para aliviar la presión política que se ejerce sobre ellos. Lo más probable es que los veamos endilgándose a algún incompetente del que estarán encantados de deshacerse cuando termine el tiroteo.

—Pues claro que sí —asintió Houseman al instante, listo, como siempre, para atribuirle los motivos más maquiavélicos a los militaristas.

—Bueno, en ese caso, creo que deberíamos encargarnos nosotros de ejercer toda la presión posible para impedirles que hagan justo eso —dijo Hauptman con acento persuasivo—. Si ese es todo el apoyo que van a darnos, tenemos todo el derecho del mundo a exigir que sea una operación tan eficaz como sea posible.

—Me doy cuenta —respondió Houseman con tono pensativo. Era obvio que estaba repasando un archivo mental de posibles comandantes, pero no formaba parte del plan de Hauptman dejar que fuera Houseman el que sugiriera a alguien. Por lo menos no hasta que hubiera metido a su propio candidato en la carrera. El truco estaba en hacerlo de tal modo que Houseman no pudiera rechazar de inmediato al candidato de Hauptman.

—El problema —dijo el magnate con una delicada mezcla de despreocupación y sesuda consideración— es encontrar a un oficial capaz de hacer algo que valga la pena y al que ellos también estén dispuestos a arriesgar. No serviría de mucho tampoco proponer a alguien que piense demasiado. —Houseman alzó una ceja y Hauptman se encogió de hombros—. Es decir, lo que necesitamos es una persona a la que se le dé bien luchar. Necesitamos un táctico, una persona que sepa cómo emplear sus naves de forma eficaz, pero que no vaya a reconocer la futilidad última de su misión. Cualquiera que tenga el criterio suficiente para plantearse las cosas de forma realista terminará por darse cuenta de que la operación entera no es más que un gesto, lo que significa que no se va a poner a actuar con la suficiente agresividad como para que nos sirva de algo.

Contuvo mentalmente el aliento mientras Houseman estudiaba el asunto. Lo que en realidad acababa de decir es que necesitaban a alguien que se metiera de cabeza en la batalla y se suicidara junto con varios miles de personas más, y era lo bastante honesto (consigo mismo en cualquier caso) como para admitir que decir algo así era bastante sórdido. Con todo, el trabajo de los que llevaban uniforme era luchar y a la gente que hacía cosas así tendían a matarla. Si en el proceso ellos conseguían salvar la magullada posición que conservaban en Silesia, él estaba dispuesto a soportarlo. Houseman, por otro lado, no tenía intereses directos en Silesia. En su caso, todo aquel asunto era poco más que una consideración intelectual, e incluso en esos instantes Hauptman tampoco estaba muy seguro de que el otro fuera lo bastante despiadado como para sentenciar a una muerte más que probable a un millar de hombres y mujeres, sobre todo cuando las bajas serían reales y no simples números en una simulación.

—Ya veo lo que quieres decir —murmuró Houseman mientras se asomaba a su copa. Se frotó una ceja y después se encogió de hombros—. Odiaría ver que alguien muere de forma innecesaria, claro está, pero si el Almirantazgo está decidido a hacerlo, tienes razón en lo que respecta a cuál sería el oficial ideal que habría que mandar. —Esbozó una sonrisa débil—. Lo que me estás diciendo es que necesitamos a alguien con más agallas que cerebro, pero con la habilidad táctica suficiente como para que semejante estupidez sirva de algo.

—Eso es justo lo que estoy diciendo. —A pesar de las cuidadosas maniobras que estaba haciendo, a Hauptman le repugnó el divertido desdén que mostraba Houseman por alguien dispuesto a morir en el cumplimiento de su deber. Aunque tampoco era que tuviera intención de decirlo—. Y creo también que quizá tenga al oficial en cuestión en mente —dijo en su lugar, con una sonrisa de satisfacción.

—¿Ah, sí? —Hubo algo en su tono que hizo que Houseman levantara la cabeza. Una vaga mirada suspicaz apareció en sus ojos marrones, pero también había un destello de anticipación. Le encantaba la sensación de estar «en el ajo» de unas maquinaciones a alto nivel, y Hauptman lo sabía. Igual que sabía que era una sensación que le habían negado desde aquel lamentable incidente en el planeta Grayson.

—Harrington —dijo el magnate sin alzar la voz y vio la furia instantánea que cruzaba el rostro de Houseman ante la simple mención de aquel nombre.

—¿Harrington? ¡Tienes que estar de broma! ¡Esa mujer es una auténtica lunática!

—Pues claro que sí. ¿Pero no acabamos de decir que una lunática es lo que necesitamos? —contraatacó Hauptman—. Yo también he tenido mis problemas con ella, pero lunática o no, ha recopilado todo un historial en combate. Jamás la sugeriría para una misión que requiriera a alguien capaz de ver la imagen de conjunto o de pensar, pero sería la persona perfecta para un trabajo como este.

Las aletas de la nariz de Houseman se dispararon y un rosetón de color rojo brillante resplandeció en las mejillas del aristócrata. De todas las personas del universo, a la que más odiaba era a Harrington... como bien sabía Hauptman. Y por poco que pudiera estar de acuerdo con Houseman sobre cualquier otro tema, Hauptman se encontró pensando lo mismo que el economista en lo que a Harrington se refería.

Al contrario que Houseman, él se negaba a subestimarla (otra vez), pero eso no significaba que le cayera bien. Aquella mujer le había hecho pasar una profunda vergüenza y le había causado no pocas pérdidas financieras ocho años antes, cuando había descubierto la implicación de su cartel en una conspiración de los repos para hacerse con el control del sistema Basilisco. Tampoco era que Hauptman hubiera sabido nada de las actividades de sus empleados, cosa que, por suerte, había conseguido demostrar en los tribunales, pero su inocencia personal no había podido salvarle de unas multas inmensas, ni evitar que se manchara el buen nombre de su cartel y, por extensión, el suyo propio.

Klaus Hauptman no era un hombre que tolerara bien las interferencias. Lo sabía, y admitía, a nivel intelectual, que era una debilidad. Pero también formaba

parte de su fuerza, la energía arrolladora que lo impulsaba a conseguir un triunfo tras otro, así que estaba dispuesto a soportar los ocasionales ejemplos en los que su colérico temperamento lo traicionaba y cometía un error.

Por lo general. *Oh, sí*, pensó. Por lo general. Pero no en el caso de Harrington. No solo lo había avergonzado, lo había amenazado también.

Apretó la mandíbula y revivió el recuerdo del incidente mientras dejaba que Houseman se enfrentara a su propia rabia. Hauptman se había desplazado a la estación de Basilisco en persona cuando la officiosa interferencia de Harrington se había hecho intolerable. En aquel momento él no sabía nada de ninguna conspiración de los repos ni a dónde iba a llevar todo aquello, pero aquella mujer le había estado costando dinero y el hecho de que confiscara una de sus naves por transportar contrabando era justo la clase de bofetada en plena cara que menos era capaz de soportar. Y porque así estaban las cosas, había ido hasta allí para aplastarla. Pero las cosas no habían ido por ahí. De hecho, había sido la oficial la que lo había desafiado a él, como si no comprendiera (o no le importara) que él era Klaus Hauptman, «ese» Klaus Hauptman. La militar había tenido buen cuidado de expresarse con la jerga burocrática habitual y de ampararse en su precioso uniforme y en su estatus como comandante interina de la estación, ¿pero prácticamente lo había acusado de complicidad directa en la operación de contrabando!

Aquella mujer había dado justo en el clavo. Hauptman lo admitía, igual que admitía que debería haber vigilado mucho mejor las actividades de sus agentes. Pero, maldita fuera, ¿cómo iba a supervisar algo tan inmenso como el cartel Hauptman con tanto detalle? Para eso tenía agentes, para que se ocuparan de los detalles que él no podía revisar. E incluso si la actuación de la comandante hubiera estado justificada por completo (que no lo estaba, pero incluso en ese caso), ¿cómo se le ocurría a la hija de un simple terrateniente rural hablarle a él, a él, de ese modo? Era una simple oficial de tres al cuarto, la comandante de un simple crucero ligero que él podría haber comprado con la calderilla que llevaba en el bolsillo, así que, ¿cómo se atrevía a utilizar aquel tono frío y cortante con él?

Pero se había atrevido y Hauptman, encolerizado, había terminado por perder las formas. Harrington no sabía que su cartel tenía un interés mayoritario en la sociedad médica que sus padres, médicos los dos, tenían en Esfinge. No debería haber hecho falta más que una mención casual de las posibles consecuencias que sufriría su familia si lo obligaba a defender su buen nombre a través de canales no oficiales, pero la comandante no solo se había negado a dar marcha atrás, sino que había superado su amenaza con otra mucho más letal.

Nadie más la había oído. Era el único aspecto salvable en todo aquel asunto, porque eso significaba que nadie más sabía que aquella mujer había amenazado con matarlo si él se atrevía a hacer cualquier movimiento contra sus padres.

A pesar de la furia ardiente que lo embargaba, Hauptman seguía sintiendo un escalofrío con solo recordar aquellos ojos almendrados y gélidos, porque sabía que hablaba muy en serio. El magnate lo había sabido entonces y tres años antes

Harrington había demostrado hasta qué punto había sido real aquella amenaza cuando había matado no a uno sino a dos hombres, uno de ellos un duelista profesional, en el campo del honor. Si hubiera necesitado algo que le indicara que sería aconsejable que se moviera con mucha cautela contra aquella mujer, con aquellos dos duelos habría bastado.

Sin embargo, el odio que sentía hacia ella era una de las pocas cosas que Houseman y él tenían realmente en común, porque ella era también la que había arruinado la carrera diplomática de Houseman. Había sido Harrington la que no solo se había negado a cumplir su orden de sacar su escuadrón del sistema Yeltsin y abandonar el planeta Grayson para que lo conquistara una marioneta de los repos, sino que, de hecho, lo había golpeado cuando el aristócrata había intentado intimidarla para que la cumpliera. Lo había derribado al suelo delante de testigos y el acerbo desdén con el que se había dirigido a él había sido demasiado como para que pasara inadvertido. A esas alturas, todos los que contaban sabían con toda exactitud lo que había dicho la comandante, la precisión fría y despiadada con la que había dejado al descubierto la cobardía de Houseman, y la reprimenda oficial que había recibido por golpear a un enviado de la Corona había quedado más que compensada por el título de caballero que la acompañaba, por no mencionar todos los honores con los que el pueblo de Grayson había colmado a la salvadora de su planeta.

—No me puedo creer que hables en serio. —La voz fría y estirada de Houseman devolvió a Hauptman al presente—. ¡Por Dios, hombre! ¡Esa mujer no es más que una simple asesina! Ya sabes cómo persiguió a Hollow del Norte para celebrar ese duelo. ¡De hecho, tuvo el descaro de desafiarlo en plena Cámara de los Lores, y luego le disparó como a un animal cuando él ya tenía la pistola vacía! No puedes sugerir en serio que se le dé un puesto de mando cuando al fin hemos conseguido quitarle el uniforme.

—Pues claro que puedo. —Hauptman le dedicó una sonrisa débil y fría—. Solo porque sea una necia, aunque sea una necia peligrosa, no es razón para no utilizarla en nuestro provecho. Piénsalo, Reginald. Sea lo que sea, es también una comandante muy eficaz en operaciones de combate. Oh, estoy de acuerdo con que hay que mantenerla atada en corto entre batalla y batalla. Es arrogante como nadie y dudo que alguna vez haya intentando controlar su genio. ¡Diablos, vamos a ser honestos y admitir que tiene madera de maníaca homicida! Pero si algo sabe hacer, es luchar. Puede que sea lo único para lo que sirva, pero si hay alguien con posibilidades de hacer daño a los piratas de verdad antes de que la maten, esa es ella.

Dejó que su voz adquiriera la suavidad de la seda con la última frase, que se acentuó un poco más en la palabra «maten» mientras algo horrendo destellaba en los ojos de Houseman. Ninguno de los dos pensaba decirlo jamás, pero el mensaje ya se había transmitido y el magnate observó que su joven interlocutor respiraba hondo.

—Aun suponiendo que estés en lo cierto, y no estoy diciendo que lo suponga, no veo cómo iba a ser posible —dijo al fin Houseman—. Está a media paga y Cromarty jamás propondría que se la reclamara para el servicio activo. Después

del modo en que desafió a Hollow del Norte delante de todos los Lores, la Cámara entera se sublevaría ante la mera sugerencia.

—Quizá —respondió Hauptman, aunque él tenía sus dudas. Dos años antes no había duda de que Houseman habría estado en lo cierto, pero Hauptman ya no estaba tan seguro. Harrington se había retirado a Grayson para asumir su papel como gobernadora Harrington, la gobernante feudal directa del Asentamiento Harrington que los graysoianos habían creado tras la defensa que había hecho la comandante de su planeta. Dado el vil papel que había tenido Houseman en esa misma defensa, no resultaba demasiado sorprendente que el aristócrata denigrara la importancia de tales títulos extranjeros, pero el cartel Hauptman estaba muy implicado en los ingentes programas industriales y militares que se estaban llevando a cabo en el sistema Yeltsin desde que Grayson se había unido a la Alianza Manticoriana. Dada la experiencia que había tenido con ella, Hauptman había realizado un cuidadoso estudio de la posición que ocupaba Harrington en Greyson y sabía que ejercía más poder e influencia allí que nadie, aparte del que ejercía el propio duque de Cromarty en el Reino Estelar.

Solo para empezar, aquella mujer era con toda probabilidad, lo supieran los graysonianos o no, la persona más rica de su planeta, sobre todo desde que su compañía, Cúpulas Celestes S. A., había comenzado a dar beneficios. Y cuando se le añadían los intereses manticorianos que supervisaba para ella Willard Neufsteiler, no había duda de que ya era billonaria por derecho propio, lo que no estaba nada mal para alguien cuyo capital inicial procedía solo del dinero que le habían concedido por sus capturas. Pero esa riqueza material no les importaba demasiado a los graysonianos. Harrington no solo los había salvado de la conquista extranjera, sino que también se había convertido en una de los ochenta y pico grandes que gobernaban su mundo, por no mencionar que era el segundo oficial de mayor rango de su armada. A pesar de la persistente repugnancia que pudieran sentir por ella los más conservadores de la elite teocrática de Grayson, la mayor parte de los graysonianos se podía decir que casi la idolatraban.

Y encima, Harrington había salvado al sistema por segunda vez a principios del año anterior. Pensara lo que pensara la Cámara de los Lores, los relatos que habían hecho los noticieros de la Cuarta Batalla de Yeltsin la habían convertido en una heroína casi tan popular en el Reino Estelar como lo era en el propio Grayson. Si el Gobierno de Cromarty llegaba a confiar algún día lo suficiente en la mayoría que tenía en la Cámara de los Lores como para devolverle a Harrington el uniforme manticoriano, Hauptman estaba seguro de que el intento triunfaría.

Por desgracia, ni Cromarty ni el Almirantazgo parecían muy dispuestos a arriesgarse a la inevitable y desagradable pelea en la Cámara. E incluso si hubieran estado dispuestos, era muy poco probable que se plantearan siquiera desperdiciar a alguien como ella al mando de cuatro buques mercantes armados tan lejos del frente. Pero si la propuesta procediera de alguna otra persona...

—Mira, Reginald —dijo con tono persuasivo—. Estamos de acuerdo en que Harrington es una bomba de relojería sin control, pero creo que también estamos

de acuerdo en que si pudiéramos conseguir que la enviaran a Silesia, quizá pudiera hacerles algún daño a los piratas cuando explotase, ¿no?

Houseman asintió, su obvia reticencia a admitir siquiera eso quedaba claramente mitigada por el encanto de enviar a alguien a quien odiaba a una misión que tenía una posibilidad excelente de terminar con la muerte de la odiada.

—De acuerdo. Así mismo, admitamos que sigue siendo muy popular en la Armada. Al Almirantazgo le encantaría que volviera a ponerse el uniforme manticoriano, ¿no?

Houseman asintió una vez más y Hauptman se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué crees que pasaría si sugiriéramos que la asignaran a Silesia? Piénsalo un momento. Si la oposición apoya la moción de darle el mando, ¿no crees que el Almirantazgo no dejaría escapar la oportunidad de «rehabilitarla»?

—Supongo —asintió Houseman con amargura—. ¿Pero qué te hace pensar que ella iba a aceptar aunque se lo ofrecieran? Está jugando a los héroes de cartón en Yeltsin. ¿Por qué iba a renunciar a su cargo como número dos de su irrisoria y diminuta armada para aceptar algo así?

—Pues porque es una «armada diminuta e irrisoria» —dijo Hauptman. No lo era, y solo el amargo odio que sentía Houseman por cualquier cosa que tuviera que ver con el sistema Yeltsin podía llevarlo a sugerir lo contrario. La Armada Espacial de Grayson se había ido convirtiendo en una flota muy respetable, contaba con un núcleo de diez superacorazados que habían sido de los repos y las tres primeras naves de barrera construidas por ellos mismos. Desde la perspectiva de una persona ambiciosa, Harrington estaría loca si renunciara a su cargo como primer oficial de la AEG, una armada con unas posibilidades de expansión explosivas, para recuperar su rango como simple capitana de la Armada Manticoriana. Pero a pesar de todo el odio que sentía por ella, Hauptman la entendía mucho mejor que Houseman. Poco importaba en lo que se hubiera convertido, Honor Harrington había nacido manticoriana y se había pasado tres décadas cimentando su carrera y su reputación al servicio de la reina. Tenía un gran valor personal y un sentido del deber innegable, arraigado en lo más profundo de su ser, admitió el magnate de mala gana, y ese sentido del deber solo podía quedar reforzado por su inevitable deseo de justificarse reclamando un lugar en la Armada de la que la habían expulsado sus enemigos. Ah, no. Si le ofrecían el trabajo, lo aceptaría, aunque no serviría de nada contarle a Houseman las verdaderas razones de esa aceptación.

—Quizá sea la rana reina en la Armada de Grayson —dijo en su lugar—, pero ese es un charco muy pequeño comparado con nuestra Armada. Con toda su flota no conseguirían formar dos escuadrones completos de naves de barrera, Reginald, y lo sabes incluso mejor que yo. Si quiere ejercer el mando de una flota de verdad, solo hay un sitio en el que pueda hacerlo y es justo aquí.

Houseman gruñó y se echó al colete un largo trago de vino, después bajó la copa vacía y se quedó mirándola una vez más. Hauptman percibía las emociones contradictorias que atravesaban al más joven y le puso una mano en el hombro.

—Sé que estoy pidiendo mucho, Reginald —le dijo con tono compasivo—. Hay que ser muy hombre para plantearse siquiera devolverle a alguien que te ha atacado el uniforme de la reina. Pero no se me ocurre nadie más que encaje mejor que ella en el perfil que requiere esta misión. Y si bien sería una gran lástima ver que un oficial muere en el cumplimiento de su deber, tienes que admitir que alguien tan inestable como Harrington sería una pérdida menor que otras personas en las que puedas pensar.

Con cualquier otra persona, el último dardo habría sido demasiado descarado, pero el nuevo destello que cruzó el rostro de Houseman fue de lo más satisfactorio.

—¿Por qué lo estás comentando conmigo? —preguntó después de un momento, y Hauptman se encogió de hombros.

—Tu familia tiene mucha influencia en el Partido Liberal. Lo que significa que tiene influencia con la oposición en general y dado que conoces a fondo el ejército y, bueno, la experiencia que has tenido con ella, cualquier recomendación tuya tendría que tener un gran peso en la opinión de otras personas que tienen dudas sobre ella. Si se la sugirieras a la condesa de Nuevo Kiev para esta misión, la dirección del partido casi tendría que tomarse la propuesta en serio.

—Me estás pidiendo mucho, Klaus —dijo Houseman con pesar.

—Lo sé —repitió Hauptman—. Pero si es la oposición la que la propone, Cromarty, Morncreek y Caparelli aprovecharán la oportunidad, sin duda.

—¿Y qué pasa con los conservadores y los progresistas? —contraatacó Houseman—. A sus pares no les va a gustar la idea más que a la condesa de Nuevo Kiev.

—Ya he hablado con el barón de las Altas Cumbres —admitió Hauptman—. No está muy contento con la idea y se niega a comprometer a los conservadores para que apoyen de forma oficial a Harrington para esa plaza, pero ha accedido a dejarles libertad para que voten en conciencia. —Houseman entrecerró los ojos y después asintió poco a poco, los dos sabían que «dejarles libertad para que voten en conciencia» no era más que una ficción diplomática que le permitía a Altas Cumbres mantener su posición oficial mientras en realidad les daba instrucciones a sus seguidores para que apoyaran la jugada—. En cuanto a los progresistas —continuó Hauptman—, el conde de Gray Hill y lady Descroix han accedido a abstenerse en cualquier votación. Pero ninguno de los dos piensa poner sobre la mesa a Harrington. Por eso es tan importante que tu familia y tú habléis con Nuevo Kiev.

—Ya veo. —Houseman se tiró del labio inferior durante un momento interminable y después lanzó un profundo suspiro—. De acuerdo, Klaus, hablaré con ella. Va a contrapelo, que conste, pero me voy a deferir a tu criterio y haré lo que pueda para apoyarte.

—Gracias, Reginald. Te lo agradezco —dijo Hauptman con una sinceridad queda.

Le dio al más joven un apretón en el hombro, asintió y regresó después al bar con el vaso vacío de güisqui. Necesitaba otra copa para quitarse el mal sabor de boca que le había dejado someterse a los prejuicios de Houseman, de hecho, quizá

no fuese mala idea lavarse también las manos, pero había merecido la pena. No era muy probable que cuatro naves mercantes armadas hicieran mucha mella a gran escala, pero siempre existía la posibilidad de que ocurriera y tenían muchas más posibilidades de hacerlo con alguien como Harrington al mando.

Claro que, como se había tomado bastantes molestias en señalarle a Houseman, era incluso más probable que terminaran matándola a ella antes de que pudiera lograr nada. Lo que sería una pena, pero al menos existía la posibilidad de que pudiera hacer algo entretanto.

Y lo fundamental, se dijo mientras le daba la copa al barman con una sonrisa, era que daba igual si la comandante conseguía detener a los piratas o si eran los piratas los que conseguían matarla a ella, él salía ganando en cualquier caso.